Penes fachas

Habría que analizar por qué a tantas mujeres nos sigue gustando algo tan patriarcal, tan anticuado, tan 'vintage' como la penetración. ¿Será que estamos alienadas y no nos hemos dado cuenta?

La secretaria de Estado de Igualdad, Ángela Rodríguez, hablaba ante la prensa el jueves en Madrid.
FERNANDO ALVARADO (EFE)

NAJAT EL HACHMI

10 MAR 2023 - 05:00 CET

534

Andaba yo anotando en mi agenda la lista de tareas pendientes para alcanzar la igualdad plena entre hombres y mujeres (ya saben: acabar con la violencia, la brecha de género, el fundamentalismo, la división desigual

del trabajo, la feminización de la pobreza, la prostitución y la pornografía y el largo etcétera de asuntos aburridamente clásicos), cuando de repente me doy cuenta de que tendría que estar preocupada por un tema mucho más urgente: el de analizar por qué a tantas mujeres nos sigue gustando algo tan patriarcal, tan anticuado, tan *vintage* como la penetración. ¿Será que estamos alienadas y no nos hemos dado cuenta, después de millones de años, de que esto de meter un pene en una vagina es algo tremendamente cis-heteronormativo blanco hegemónico colonizador? No sé, puede que el mete-saca casposo tenga que ver con algo que en su día sería importante para la especie, lo de hacer bebés. Y ya que se tenían que hacer, la naturaleza nos regaló un invento tan maravilloso como el placer, hasta el punto de que seguimos aficionados al sexo, incluso cuando la reproducción ni siquiera está en nuestra mentalidad.

Así pensaba yo hasta que me llegó un vídeo con unas declaraciones de la muy ínclita Ángela Rodríguez *Pam*, actual secretaria de Estado de Igualdad, que ha arrojado algo de luz sobre la posible trampa que nos supone a las mujeres esto de seguir teniéndole cierta inclinación, incluso afecto, a los penes. Rodríguez *Pam* afirmaba estar muy preocupada porque el 70% de las niñas y chicas prefieren la penetración a la estimulación. Que haya encuestas recogiendo datos sobre las preferencias sexuales de chicas y niñas es, sí, ciertamente sorprendente, más si tenemos en cuenta el par de lapsus de la ministra Montero (porque desde la buena fe creo yo que han sido lapsus) hablando del consentimiento de niños y niñas (y *niñes*, claro). Pero, bueno, lo que nos toca aquí es analizar por qué las mujeres preferimos follar con otro ser humano que masturbarnos con un objeto a batería, esa, según la secretaria contra la violencia de género, "arma de matar fachas".

No sé, se me ocurre que, para empezar, igual es más divertido. Igual es que el estimulador de clítoris resulta poco estimulante a otros niveles, que no te susurra nada al oído, es frío aunque se llegue a recalentar, no tiene piel, tacto, latido, voz. Qué sé yo, esas cosas que tanto marcan la diferencia entre un aparato comprado y un hombre, que en general suele venir incorporado al ahora tan sospechoso falo.